

Hoy recordamos otro oficio que en su día fue muy necesario: El de "los aguadores". Esta profesión, que estuvo desempeñada tanto por hombres como por mujeres, tenía como función facilitar agua fresca a los viandantes, en los tiempos en que ni los bares ni los refrescos existían tal como los conocemos hoy. El aguador iba provisto a veces de un cántaro y un vaso de hojalata, y otras de un botijo con agua fresca, y mediante el pago de una pequeña cantidad, daba de beber a todo aquel que solicitaba sus servicios.

Sus ganancias se multiplicaban cuando la sed apretaba, y sobre todo en las grandes concentraciones de gente como en la entrada a los toros, al fútbol, o en las procesiones y en las ferias, que tanto personal concentraban a su alrededor. Hay que tener en cuenta que allá por los siglos XVIII y XIX las calles de ciudades y pueblos estaban sin asfaltar, y el paso de los carruajes y caballerías, junto al tráfico normal de los ciudadanos, levantaban una polvareda que provocaba la sed de cualquiera, y más en verano cuando la lluvia era escasa. A esto había que añadir los atuendos de la época, que podían ser todo menos frescos y livianos, por lo que la presencia del aguador o aguadora representaba un alivio en los duros trances del momento. Famosas fueron también en aquella época dos aguadoras de Madrid, por lo visto ambas muy bellas. Tenían su puesto de venta de agua en el Paseo del Prado, y al grito de ¡agua fresquita de la Fuente del Berro!, pocos eran los transeúntes que no paraban a beber y sobre todo a contemplarlas más de cerca.

Aquí en Daimiel, existían otro tipo de aguadores que podríamos llamar o calificar como aguadores al por mayor. Su trabajo consistía en acarrear agua para las familias pudientes. Unos tenían un



burro con unas cantareras, y le cargaban cuatro cántaros de un viaje; otros llevaban el cántaro a las espaldas, y las mujeres llevaban el cántaro en la cadera, con una almohadilla debajo. Se daban un arte impresionante ver como se cargaban el cántaro las mujeres. Había algunas que

no paraban en todo el día, debido a la necesidad que había en algunas casas, pues el agua que tenían en el pozo era tan mala que no valía ni siquiera para fregar la vajilla. El precio de cada cántaro de agua, dependía de la distancia a que estuviera la fuente donde cargar. También donde se vendía mucha agua era en las estaciones del ferrocarril; a la llegada de los trenes y mientras se realizaba la descarga de las mercancías, que eran muchas, el tren estaba parado una media hora. El aguador aprovechaba y se subía a los coches, y se iba de uno a otro con el botijo en la mano, sin dejar de decir en voz alta ¡hay agua fresca!, ¡quién quiere agua fresca!, mientras permanecía muy pendiente de los toques de campana para la salida del tren. Entonces había que bajar rápidamente sin despedirse de los clientes. Había otros que estaban con las cuadrillas grandes en el campo, como eran las de segadores y vendimiadores. Su misión era que no faltara agua en el corte. Cogían unas cubas

de madera y en el pozo más próximo las llenaban y las llevaban a los trabajadores para cuando llegasen a la punta, desahogarse y refrescarse; aunque había algunos, sobre todo segadores, que no eran muy aficionados al agua, y decían que el agua era para las ranas, y preferían un puchero de vino para que el cuerpo cogiera energías. En la actualidad, el agua corriente es una realidad en pueblos y ciudades. Los frigoríficos la mantienen todo lo fresca que se quiera, y una enorme cantidad de marcas de refrescos invaden los mercados, para satisfacer a aquellos que no son muy aficionados al agua del grifo; si además a todo esto unimos la enorme proliferación de bares, cafeterías, etc., aún en poblaciones pequeñas, vemos que el aguador ya no tiene espacio vital en nuestra sociedad, incluso ni en el campo, porque ya no hay segadores, y en la vendimia, como no hacen quinterías, llevan el agua del pueblo.



Año 1959, la "aguadora" hace su agosto en la entrada del estadio Santiago Bernabeu